un gran número de cuartos para los amigos, ocupaban los pisos superiores.

Como se vé, la posesion de *Hojas-Verdes* constituia una residencia mas que aceptable.

Por desgracia, Julio Leroux, Lazarine y Renée, acostumbradas al refinamiento del lujo y del buen gusto, encontraban todo aquello mezquino, raquítico y pobre.

El banquero, nacido en aquella pesesion, heredada de sus padres, no habia vuelto á ella desde la edad de diez y seis años.

Sus hijas no habian puesto jamas en ella los piés, y esto se explica perfectamente.

Absorto en sus múltiples negocios y gustos parisienses, Julio Leroux no se alejaba nunca de la gran ciudad.

Visitaba de vez en cuando la importante posesion comprada por él en Normandia, y en la cual gastaba enormes sumas en el entretenimiento de los parques y jardines.

Cada año alquilaba en la estacion de verano, alguna posesion espléndida, ya en Auteuille, ya en Ville d' Avray, ya en Maison Laffite.

Allí al menos podia recibir á sus numerosos amigos, tenerlos á la mesa, y sus caballos ó el camino de hierro les conducian rápidamente á Paris.

En el otoño llevaba sus hijas á Dieppe ó á

Trouville por un mes, y muy amenudo solía dejarlas solas.

Lazarine y Renée, se habian acostumbrado á aquel abandono.

No tenemos necesidad de afirmar que las dos hermanas se quejaban de verse privadas de los placeres sociales, de ricos vestidos y de los espléndidos adornos de la corte, de elegantes gomosos y de lo demas.....

No les gustaba la lectura, ni mas música que la de los Bufos ó la de Variedades. No se ponian al piano sino para acompañar algun *couplet*, imitando con mucha gracia á Judic, la Schneider ó Térésa.

Como tampoco recibian los aplausos de la corte que les rodeaba, bien pronto abandonaban aquel clásico repertorio. Una distraccion nada mas les quedaba; montar á caballo y galopar durante algunas horas por los paseos del país. Pero tampoco podian realizarlo, porque los caballos de lujo y de carrera, de quinientos luises de precio, habian sido sustituidos por mansas y tranquilas jacas.

El paisaje pintoresco no les llama la atencion; y como la equitacion hace hacer ejercicio, y como el ejercicio para quien se fastidia es preferible á la inaccion, abusaban de él hasta el cansancio.

Se volvian nerviosas, intolerables, y descar-

gaban sobre su hermana Juana su mal humor, porque las exasperaba la vida tranquila y satisfecha de ésta.

Con efecto, Juana no se acordaba de haber sido nunca tan feliz.

Adoraba el campo, los grandes árboles, las flores y los pájaros, pasaba las tardes en el parque leyendo ó dibujando. Se habia encargado de la direccion de la casa, y la dirigia con órden y economia. A los quince dias de estar en esta posesion, conocia y aliviaba la desgracia de los pobres y los enfermos, que la llamaban el *Angel bueno*.

Muchas veces se decia:

—¡Ah! Si á mi padre y á mis hermanas no les produjera un sentimiento tan grande no ser ya ricos, cuantas gracias darian á Dios por habernos dejado sin fortuna.....

Julio Leroux, como sus hijas Lazarine y Renée, no soportaba con gusto su ruina.

Antes de haberse arruinado, y á pesar de tener de cincuenta y cuatro á cincuenta y cinco años, parecia tener cuarenta y cinco á lo sumo.

Alto, delgado, muy moreno, ni feo ni hermoso, su fisonomía sonriente demostraba al hombre satisfecho.

La expresion particular de sus ojos gríses, el colorido de sus mejillas y el desenvolvimiento

sensual de su labio inferior, dejaban ver sus instintos de buen vividor.

El pelo cortado á la Capoul se clareaba visiblemente y dejaba ver el cráneo, á pesar de las tentativas heróicas de su ayuda de cámara para ocultar aquel principio de calvicie.

—*Tengo la raya un poco ancha*—decia riendo á sus amigos—¡qué quereis!.... *Fructus belli!*.....

No gastaba bigote, pero sí patillas largas maravillosamente peinadas, que le llegaban hasta el pecho.

No ha existido en el mundo jamas cortesano que cuidase tanto de su persona como él cuidaba de la suya. Se perfumaba mas de lo regular. Sus largas conferencias con el sastre daban por resultado que sus pantalones fuesen modelos, chalecos de asombroso estilo, y los gabanes de admirable corte.

A mas de todo esto tenia el buen gusto de usar siempre telas oscuras, con lo cual probaba su elegancia hasta en el mas pequeño detalle.

Julio Leroux—despues del desastre—tenia todo el aire de un hombre que sale de una larga y penosa enfermedad.

Representaba mas edad que la que tenia. Descuidaba aquellos detalles que, á pesar de los años y del abuso de los placeres, le conservaban aparentemente jóven.

Su cráneo, casi falto de pelo, parecia un pedazo de marfil amarillento. Los pocos cabellos que le quedaban eran gríses. Numerosos hilos plateados surcaban las patillas. ¡No se afeitaba ya todos los dias!

Se habia acostumbrado á descuidar algun tanto al aseo de su persona y el vestir, asunto á que en otro tiempo habia consagrado todos sus desvelos; habia llegado á ser para él indiferente, hasta el punto de importarle poco si le caia bien un pantalon ó le estaba mal una levita.

Todo le faltó al mismo tiempo; la preocupacion de los negocios, el tumulto de la Bolsa, los paseos al Bosque, las sonrisas y los saludos cambiados con las celebridades de ocho muelles, (*) las butacas de orquesta de los teatros de moda, la partida de *wisth* á luis la ficha, el nervioso *bacarrat*, las cenas en compañía galante y los lances amorosos.

Se comparaba á un hombre separado del mundo de los vivos. El *espleen* en ciertos momentos se apoderaba completamente de él. En estos momentos se le veía ir y venir sin objeto determinado como una alma en pena.

No hubiera tenido mas que querer para su-

(*) Alusion á los carruajes de doble suspension en que van al Bosque las *cocottes* de alto bordo.

primir aquel aislamiento que le parecia insoportable. Nada mas fácil que haber entablado cordiales relaciones de necesidad con los moradores de las diferentes posesiones situadas en los alrededores de Hojas-Verdes, á cuatro ó cinco leguas en contorno.

Pero el ex-banquero no queria.

—Todas estas gentes—se decia—son ricas y yo no lo soy.... Me humillarian con su lujo, como yo lo hubiera hecho en otro tiempo.... Aparentemente serían sumamente atentos, pero en el fondo me desdeñarian.... mas vale la soledad.....

III

Se almorzaba á las once en Hojas-Verdes, se comia á las siete. La campana de la quinta anunciaba las horas de las comidas.

Una mañana, hacia ya cinco minutos que la mencionada campana habia sonado, cuando Julio Leroux, vestido con pantalon de pié, de zapatillas, chaqueta de franela y la cara con gran ceño, se presentó en el comedor.

Hizo un movimiento de impaciencia hallándole desierto, y acercándose á una de las ven-